

## Invitados a la generosidad\*

Jesús M. Sariego, S.J.\*\*

Queridos hermanos y hermanas:

Un año más nos reunimos en esta memorable cripta de Catedral para recordar, junto a la tumba de monseñor Romero, la vida y el martirio de nuestros hermanos jesuitas y sus colaboradoras, asesinados todos el 16 de noviembre de 1989. La Universidad Centroamericana ha programado para estos días toda una serie de eventos religiosos, artísticos, culturales y deportivos para recordar la vida de quienes siempre viven con nosotros. Y ha elegido, como lema de este XXIII aniversario, unas evocadoras palabras del P. Ellacuría: “Una vuelta a los pobres por amor es una vuelta al Evangelio”. Estas palabras fueron pronunciadas precisamente en los días del Concilio Vaticano II, cuyo 50.º aniversario celebra toda la Iglesia.

Las escenas de las lecturas de este domingo 32.º del tiempo ordinario son ciertamente una vuelta a los pobres con amor y están todas ellas cargadas de provocadores contrastes. La grandeza de Elías frente a la pobreza de una viuda; el sacerdocio de la antigua Alianza frente al sacerdocio de Cristo; la escena, en fin, de los escribas paseando orgullosos ante el Templo mientras una mujer pobre deposita su humilde limosna.

La primera imagen la constituye Elías, que quiere decir en hebreo “Mi Dios es Yahvé”. Elías fue el gran profeta venerado en la historia por el pueblo de Israel. Aparecerá en el Tabor junto a Moisés y Jesús. Por un lado, débil y humano, sintió el peso de ser testigo de Dios en el mundo; por otro, la seducción de la Palabra de Dios tejió toda su vida y no le permitió callar. Al final de su vida, arrebatado por un carro de fuego, en uno de sus gestos simbólicos, entregó su manto a Eliseo y con el manto la pasión profética por Yahvé que heredó así a su sucesor y a todo Israel.

Escuchados bajo el altar mayor de esta iglesia catedral donde sus palabras aún resuenan, es mucho lo que estos textos y este hombre nos evocan y recuerdan a nuestro querido monseñor Romero. Él fue otro hombre seducido por la Palabra a quien nuestros ojos vieron y cuyas palabras nuestros oídos escucharon. Como Romero, Elías anunció y denunció con valentía la inmoralidad injusta. Como él, se opuso abiertamente al despojo de las tierras y a la adoración de los ídolos, los baales o falsos dioses en tiempo del rey Ajab y su

\* Homilía de la misa celebrada en la cripta de Catedral el 13 de noviembre de 2012, con motivo del XXIII Aniversario de los Mártires de la UCA.

\*\* Provincial de la Compañía de Jesús.

esposa Jezabel que había mandado acabar con todos los Profetas de Israel. Como tantos otros en nuestro país en los días de Mons. Romero, Elías experimentó en su vida, muchas veces en la soledad y el abandono, la inseguridad de la persecución y la pobreza. Fue testigo del despojo de los poderosos y del abandono hasta de los suyos y protestó ante todos en nombre de la dignidad de su pueblo. Pero como monseñor, en medio de las pruebas, siempre supo mantenerse fiel a su fe en el Dios único y verdadero a quien amaba apasionadamente. Por eso, a lo largo de su historia, el pueblo de Israel siempre guardó una admiración especial hacia él.

En esa primera escena del *Libro de los Reyes*, se nos describe a Elías en uno de sus exilios, en medio de una sequía general, en territorio fenicio, donde únicamente lo acoge una pobre viuda, no judía y en extrema necesidad. Pero es una mujer generosa que no duda en compartir su harina y su aceite con este misterioso extranjero hambriento que deambula por Sarepta. Y Dios, que no olvida a los pobres y que mira al corazón generoso, hace que ni la harina ni el aceite se termine y que el profeta pueda resucitar a su hijo.

Es imposible no descubrir en esta segunda escena, detrás de esta pobre mujer viuda que está recogiendo afanosa la leña, el rostro colectivo de nuestro pueblo salvadoreño al que monseñor Romero y nuestros mártires tanto amaron. Aquella mujer no hablaba, solo trabajaba con sus medios sencillos para alistar alimento al huésped, como nuestro pueblo, que siempre ha trabajado incansable por defender y hacer crecer la vida. Aquella mujer no tenía nada, estaba desprovista de medios y hasta del amor de un compañero a su lado; pero, como nuestro pueblo, poseía la inmensa riqueza de la fe en Dios; como en él, en esta mujer fenicia brillaba esa generosidad llena de humanidad que puede llegar a sentir el dolor ajeno y solidarizarse con él. Un pueblo religioso que sabe buscar a Dios y cuya fe nunca han podido apagar ni pobreza, ni guerras, ni desastres naturales. Un pueblo que busca en su patrón, el Divino Salvador, su fuerza, luz y esperanza y expresa con creatividad propia esa fe. Un pueblo que sabe distinguir la presencia de Dios de la falsa profecía. Un pueblo sacerdotal que enseñó a monseñor Romero, a los mártires de la UCA y a otros muchos, a ser verdaderos sacerdotes. Este es el pueblo sufriente y resucitado, mil veces aplastado y mil veces levantado, el pueblo pequeño que Dios quiso mirar y del que quiso pasar muy cerca con la vida y la muerte de nuestros santos y profetas. Y a nosotros, nos permitió, como prenda de la Pascua, acercarnos a él, como Elías, y poder experimentar su solidaridad compasiva.

Una historia muy cercana se nos propone en el *Evangelio de Marcos* que hoy leemos. Es la tercera escena de la liturgia de hoy. Muy probablemente relata algo que Jesús mismo observó a las puertas del Templo, cerca del pórtico de Salomón en medio de aquellas altas columnas donde estaba el Arca del tesoro. Por aquel inmenso pórtico se paseaban ufanos y triunfantes los escribas, mientras que, en una esquina, una pobre viuda —esta sí era judía— se acercó a depositar las dos únicas monedas de cobre que poseía, en las arcas del tesoro. En las palabras de Jesús, Dios bendice y multiplica una vez más la generosidad de esta mujer que dio de lo que tenía.

En Sarepta y en Jerusalén se nos muestran personas aparentemente sin esperanza, Y sin embargo, en ambos casos, más allá de la pobreza, el distintivo de estas mujeres es su generosidad, callada y humilde. Ellas son capaces de sentir misericordia y compasión y abren su vida a los otros.

La última escena de la liturgia de hoy somos nosotros mismos. ¿Dónde estamos nosotros en la escena? ¿Dónde debemos ubicarnos? Escuchando las palabras de Jesús, lo que atraviesa los textos de nuestra liturgia de hoy es una honda invitación a la generosidad; un llamado a dar, más que a recibir; una invitación a organizar nuestra vida en función del servicio a los demás, más que a la búsqueda de los primeros puestos; una sincera invitación de Dios a entregar lo mejor de lo que cada uno de nosotros somos y tenemos, y no lo que no necesitamos y nos sobra.

Algo de eso quiso ser la vida de nuestros mártires en la UCA. Desde jóvenes, abandonaron su patria, sus redes pescadoras, su familia, y se fueron con Jesús a lejanas tierras. No porque amaran el sacrificio o el dolor; simplemente, porque pronto entendieron que solo había un camino hacia la felicidad en este mundo: el que pasa por desposeerse, vaciarse, dar lo que uno tiene a los pobres y seguir a Jesús. Esa fue su pasión principal y por eso no les atemorizaba la persecución ni la muerte. Sabían desde el seminario que eran de Dios y que Él cuidaba de ellos. No quisieron aprovecharse del prestigio ni del poder para vivir a cuenta del pueblo, como los escribas y fariseos a los que Jesús recrimina; ellos entregaron sus horas, su inteligencia y su trabajo para levantar este pueblo al que amaban hasta poder alcanzar la dignidad de hijos de Dios.

Es el mismo camino de Jesús del que nos hablaba la *Carta a los Hebreos*: el autor lo compara con el sacerdote de la antigua alianza que ofrecía un sacrificio de animales para agrandar a Dios y reconciliar a su pueblo. Jesús se ofrece a sí mismo en la vida y en la cruz, y en la Eucaristía se parte y se quiebra por los demás.

El sacerdote de la antigua alianza una vez al año entraba en el santuario para hacer el sacrificio. Jesús sacerdote para siempre de una nueva alianza que se ofrece a sí mismo y en su Pascua se inmola de una vez para siempre por los demás y así nos abrió a nosotros la posibilidad de seguir haciendo ese mismo gesto.

Somos invitados a la generosidad como los mártires de la UCA, como monseñor Romero, al que pedimos, en esta mañana, que su ejemplo y mensaje nos hagan más generosos y cercanos a los pobres.

Así sea.